

07



TOQUE
INESPERADO

Un leproso se le acercó y se puso de rodillas ante él. —Señor — suplicó el leproso—, si quieres, puedes curarme. Jesús, extendiendo la mano, lo tocó y le dijo: —Quiero. ¡Ya estás curado! E instantáneamente la lepra desapareció.

Mateo 8:2-3

Un hombre verdadero toca a otros no para hacer daño sino para curar y mostrar amor.

Jesús tocó a las personas para sanarlas y mostrarles misericordia.
Tocó a quienes nadie tocaba.

Abrazó a quienes no estaban en condiciones de recibir un abrazo. Él tocó a este hombre y no tenía que hacerlo. Con solo decir la palabra “sánate” podría haber quedado sano, pero Jesús fue más allá: tocó al hombre. Le hizo recordar que era una persona, un ser humano que merece amor de otro ser humano.

Las sociedades muy aficionadas al fútbol, especialmente en Latinoamérica, son testigos de que durante partidos — particularmente de equipos tradicionales y con importante cantidad de hinchas—, se llevan a cabo actos de violencia contra mujeres, niños y otras personas en condiciones desfavorables.

Un hombre verdadero toca a otra persona para sanarle, levantarlo cuando ha caído, sanar sus heridas, abrazar de manera respetuosa, dar cariño de manera apropiada.

La masculinidad no se expresa golpeando a otro o haciendo daño a la propiedad de otra persona. Se expresa cuando nos convertimos en un agente de cambio, mejora y apoyo a los menos favorecidos.

¿A quién podrías abrazar hoy?

¿Alguien cercano en tu vida necesita un abrazo tuyo?

¿Qué tal una persona necesitada?